

Eros queer

Una guía clásica para la
sexualidad contemporánea

Álvaro Ramos Dicenta (ed.)



bauplan

Índice

INTRODUCCIÓN	11
I. Posesión y pérdida	22
1. Homero, <i>Ilíada</i>	25
2. Anónimo, <i>Himno homérico a Afrodita</i>	25
3. Teognis de Mégara, <i>Elegías</i>	25
4. Platón, <i>Leyes</i>	26
5. Jenofonte, <i>Banquete</i>	26
6. Calímaco, «Si Teócrito, el de tez morena, me odia...»	26
7. Discórides, «Eros, el asesino, moldeó las suaves nalgas...»	27
8. Luciano de Samosata, <i>Diálogos de los dioses</i>	27
9. Anónimo, «Zeus, mantente alejado de Dexandro, mi amigo...»	31
10. Anónimo, «No encuentro al bello Dionisio...»	31
11. Safo, «Me parece semejante a un dios aquel varón...»	31
12. Íbico, «En primavera, los membrillos...»	32
13. Anacreonte, «¡Estoy loco! ¡No estoy loco!...»	33
14. Platón, <i>Fedro</i>	33
15. Platón, <i>Banquete</i>	41
16. Platón, <i>Lisis</i>	42
17. Jenofonte, <i>Recuerdos de Sócrates</i>	45
18. Jenofonte, <i>Banquete</i>	46
19. Ateneo de Náucratis, <i>El banquete de los eruditos</i>	47
20. Anónimo, «Almas desdichadas que, poseídas por Eros...»	48
21. Anónimo, «Bicéfalo es el Eros que mi corazón devora...»	49
II. El efebo	51
1. Alceo, «Nicandro, el vello oscurece tu pierna...»	53
2. Íbico, «Euríalo, hijo de las Gracias agradables...»	53
3. Teognis de Mégara, <i>Elegías</i>	53
4. Anacreonte, «Y de la melena, que hacía sombra sobre el delicado cuello...»	54
5. Píndaro, «En su momento justo, alma mía...»	54
6. Eurípides, <i>Bacantes</i>	55
7. Aristófanes, <i>Las nubes</i>	55

8.	Aristófanes, <i>Los pájaros</i>	57
9.	Aristófanes, <i>Las tesmoforiantes</i>	58
10.	Platón, <i>Protágoras</i>	58
11.	Platón, <i>Cármides</i>	58
12.	Platón, <i>Banquete</i>	61
13.	Jenofonte, <i>Banquete</i>	62
14.	Jenofonte, <i>La Constitución de los lacedemonios</i>	64
15.	Jenofonte, <i>Recuerdos de Sócrates</i>	64
16.	Lisias, <i>Contra Simón</i>	65
17.	Esquines, <i>Contra Timarco</i>	68
18.	Teócrito, «Mira atentamente esta estatua, extranjero...»	72
19.	Teócrito, <i>Idilios</i>	72
20.	Estratón, «Bebe y ama ahora, Damócrates...»	76
21.	Riano, «El Tiempo y las Gracias te cubrieron con dulce aceite...»	78
22.	Estrabón, <i>Geografía</i>	79
23.	Plutarco, <i>Narraciones de amor</i>	80
24.	Plutarco, <i>Vidas paralelas</i> . Licurgo	81
25.	Plutarco, <i>Erótico</i>	81
26.	Plutarco, <i>Vidas paralelas</i> . Alcibíades	82
27.	Escintio, «Una tragedia, un incendio, una guerra se abate sobre mí...»	85
28.	Pseudo-Luciano, <i>Amores</i>	85
29.	Ateneo de Náucratis, <i>El banquete de los eruditos</i>	85
30.	Diógenes Laercio, <i>Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres</i>	91
31.	Anónimo, «Heráclito fue apuesto en su juventud...»	92
32.	Anónimo, «En el árido verano besé a un efebo de piel suave...»	93
33.	Anónimo, «Si te has encontrado con un joven de espléndida hermosura...»	93
III. Las tríbades		95
1.	Safo, «Afrodita inmortal...»	97
2.	Alcmán, <i>Partenios</i>	101
3.	Anacreonte, «De nuevo Eros me golpea con su pelota púrpura...»	103
4.	Eurípides, <i>Bacantes</i>	103
5.	Plutarco, <i>Vidas paralelas</i> . Licurgo	105
6.	Plutarco, <i>Erótico</i>	106
7.	Luciano de Samosata, <i>Diálogo de las Heteras</i>	107

8.	Pseudo-Luciano, <i>Amores</i>	108
9.	Filóstrato, <i>Cartas de amor</i>	109
10.	Alcifrón, <i>Cartas de las cortesanas</i>	109
IV. Amigo y amado		111
1.	Homero, <i>Ilíada</i>	113
2.	Homero, <i>Odisea</i>	119
3.	Anacreonte, «Oh Dioniso, con quien danzan el joven Eros...»	120
4.	Platón, <i>Fedro</i>	120
5.	Platón, <i>Banquete</i>	121
6.	Esquines, <i>Contra Timarco</i>	124
7.	Estratón, «Aunque las patillas empiecen a cubrir tus mejillas...»	126
8.	Calímaco, «Si acudí por voluntad propia a tu casa...»	127
9.	Plutarco, <i>Vidas paralelas</i> . Alejandro	127
10.	Plutarco, <i>Vidas paralelas</i> . Pelópidas	127
11.	Plutarco, <i>Vidas paralelas</i> . Agesilao	128
12.	Plutarco, <i>Vidas paralelas</i> . Solón	129
13.	Plutarco, <i>Erótico</i>	130
14.	Pseudo-Luciano, <i>Amores</i>	132
15.	Ateneo, <i>Banquete de los eruditos</i>	135
16.	Anónimo, <i>Inscriptiones Graecae</i>	136
17.	Anónimo, «Afrodita me tienta con el cálido fuego femenino...»	136
V. Deseo no correspondido		137
1.	Safo, «La luna y las Pléyades han desaparecido...»	139
2.	Íbico, «De nuevo Eros, con la mirada suave y sombría...»	139
3.	Teognis de Mégara, <i>Elegías</i>	139
4.	Anacreonte, «Oh joven, de mirada igual a una muchacha...»	144
5.	Platón, <i>Banquete</i>	144
6.	Jenofonte, <i>Recuerdos de Sócrates</i>	150
7.	Teócrito, <i>Idilios</i>	150
VI. Deseo disfrazado		154
1.	Eurípides, <i>Bacantes</i>	157
2.	Aristófanes, <i>Tesmoforiantes</i>	158
3.	Esquines, <i>Contra Timarco</i>	161
4.	Asclepiades, «Dorción es especialista en afligir a los muchachos...»	162

Eros, dos milenios después

Ni dioses, ni humanos, ni átomos, ni logos: en el principio era el Amor. O, al menos, así relata Hesíodo el origen de los tiempos. Antes que nada, el Caos, después aparece Gea, más tarde el Tártaro y, *last but not least*, Eros: «el más hermoso entre los inmortales, que afloja los miembros y cautiva de todos los dioses y todos los hombres el corazón y la sensata voluntad en sus pechos».¹

Para Hesíodo el amor es la fuerza primigenia que forja, coagula y expande el mundo. Es una potencia que desarma y recompone, que quiebra la firmeza de la razón y del cuerpo para cristalizar nuevas formas y posibilidades de vida. Cuando Eros entra en escena, las piernas tiemblan, la prudencia desaparece y la soberanía del sentido se rinde a los impulsos de la pasión y el deseo. El mundo nace, por tanto, atravesado por una energía que es a la vez unión y ruptura.

Siglos después, en la teoría de Empédocles de los cuatro elementos —capital desde la Antigüedad hasta el Renacimiento—, nos topamos de nuevo con el amor como principio. No hay ya una genealogía divina, sino dos fuerzas eternas que interactúan: *Philía* —«Amor» o «Amistad»— y *Neîkos* —«Discordia» u «Odio»—. El amor une, mezcla, funde los elementos en una esfera armónica, mientras que la discordia los separa, los opone, los dispersa violentamente. La historia del universo se vuelve, con Empédocles, un drama erótico: una oscilación sin fin entre la atracción y el rechazo, entre el vínculo y la disolución. No obstante, el amor y el odio constituyen dos caras de una misma moneda.

¿Cómo explicar esta paradoja? ¿Acaso hace falta? ¿No nos hemos sumergido todos en ese manantial de contradicciones que es

1 Hesíodo, *Teogonía*, Madrid, Gredos, 1978, p. 76.

el amor? Entre Hesíodo y Empédocles brilla con especial intensidad otro testimonio sobre Eros: el de Safo, la poetisa de Lesbos, que condensa mejor que nadie las incongruencias del amor en el adjetivo *glukupikron* —literalmente, «dulce y amargo» o, en una palabra, «agridulce»—. Lo que, en primer lugar, nos interesa de Safo es la frontera que con ella cruza Eros desde el plano metafísico hasta el existencial: aquello que tanto en Hesíodo como en Empédocles es un mito cosmogónico, con Safo se hace carne. El deseo no se enuncia en abstracto, sino que se vive como un ataque al cuerpo, como herida, ceguera, incendio, temblor y desfallecimiento. Pese a que nos separen casi tres mil años de ella, Safo nos resulta tan cercana que desde el psicoanálisis se ha visto en el fragmento 31 —incluido en este volumen— la clara descripción de un ataque de ansiedad.²

Pero ¿qué tiene todo esto que ver con la cuestión queer? Este breve paseo por Hesíodo, Empédocles y Safo nos muestra que Eros no se puede reducir simplemente a la «sexualidad» ni al «amor» en su sentido actual. Es una fuerza cósmica y, al mismo tiempo, una experiencia íntima y corporal. Eros ni pertenece ni puede pertenecer a un dominio restringido, sino que lo atraviesa todo: dioses, partículas, elementos, cuerpos, espíritus. Es justamente en esa transversalidad donde se juega nuestra apuesta de lectura desde lo queer: como una energía que pone en jaque las categorías, que disloca las expectativas, que arrastra a dioses y mortales en un mismo torbellino en el que se disuelven las diferencias impuestas arbitraria y coercitivamente.

El anacronismo deliberado

A pesar de lo que los clasicistas más recatados puedan pensar, llamar «queer» a Eros no constituye una provocación ni una *boutade* de ningún tipo. Por supuesto, tampoco es un gesto inocente. Nuestra intención es simplemente entablar un diálogo entre dos concepciones del amor, la sexualidad y el deseo que, aunque —o precisamente porque— son esencialmente distintas, se prestan a la conversación y el contraste.

2 Georges Devereux, «The Nature of Sappho's Seizure in fr. 31 LP as Evidence of her Inversion» en *The Classical Quarterly*, vol. 20, nro. 1, 1970, pp. 17-31.

Comprender es comparar: el conocimiento no surge del vacío, aisladamente, sino en la comunicación con otras esferas, experiencias y conocimientos. Del mismo modo, la Antigüedad no es un punto fijo en el devenir histórico; su sentido no está dispuesto, sino propuesto. Comprender el pasado constituye una tarea incompleta que cada presente debe afrontar por su cuenta, con sus propios medios y desde su propio horizonte. Por tanto, el significado de una noción o época histórica —la Antigüedad griega, en este caso— no es algo que pueda ser definido u objetivable de una vez para siempre: más bien se trata de un fenómeno en permanente resignificación.

Por eso aplicamos el inesperado epíteto de «queer» a Eros. Para Lucien Febvre, uno de los fundadores de la Escuela de los Annales, esto deslegitimaría automáticamente nuestro trabajo, porque, según él, el mayor problema de la ciencia histórica consiste en «determinar con exactitud la serie de precauciones que deben tomarse y la de prescripciones a las que uno debe someterse para evitar el pecado mayor de todos los pecados, el más irremisible de todos: el anacronismo». ³ Febvre veía en el anacronismo una bestia aberrante que había que ahuyentar a toda costa de los terrenos de la historia.

Naturalmente, esta creencia la había heredado del historicismo decimonónico y su pretensión de fundamentar el conocimiento histórico en el modelo de las ciencias naturales. Sin embargo, esta idea ya había sido duramente criticada en tiempos de Febvre por Walter Benjamin, para quien «el historicismo plantea la *imagen eterna* del pasado; el materialismo histórico, en cambio, plantea una experiencia con él que es única». ⁴ E, incluso desde dentro de la Escuela de los Annales, su colega Marc Bloch aspiraba a «comprender el presente por el pasado y, correlativamente, comprender el pasado por el presente»: ⁵ un gesto flagrantemente anacrónico.

Aquí defendemos una práctica controlada y deliberada del anacronismo, en línea con las directrices de Nicole Loraux, una de las más prestigiosas helenistas contemporáneas, para quien «el anacro-

3 Lucien Febvre, *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1959, p. 4.

4 Walter Benjamin, «Tesis de filosofía de la historia», en *Discursos interrumpidos I*, Buenos Aires, Taurus, 1989, p. 189.

5 Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 22.

y la retórica judicial, el efebo aparece como figura liminar: belleza efímera, objeto de un amor que ennoblece y amenaza, que cimienta la vida cívica al mismo tiempo que la pone en peligro.

En el corazón de la selva erótica nos encontramos con las tribades, nombre despectivo —vinculado al salvajismo y la barbarie— con el que una sociedad de hombres señalaba a las mujeres que se entregaban al deseo hacia otras mujeres. La escasez de testimonios al respecto no disminuye en absoluto su intensidad ni su valor. Safo es, por supuesto, la voz inaugural: en los fragmentos que nos han llegado de ella, el deseo aparece con la inmediatez de un temblor físico, mezcla de placer y sufrimiento, de anhelo cumplido y duradera desesperanza. Alcman prolonga esta línea coral en los *Partenios*, insertando la relación entre jóvenes muchachas en rituales colectivos con un trasfondo iniciático. La tragedia ofrece otra tonalidad: en las *Bacantes*, Eurípides relaciona la comunión femenina y el furor dionisiaco, y representa un éxtasis que hace añicos las fronteras del género y la dominación masculina. Otras figuras, como Plutarco o Luciano de Samosata, vacilan entre reconocer la indistinción de los amores masculinos y femeninos o reducirlos a lo puramente anecdótico. Así, la tradición oscila entre la invisibilidad y la fascinación, revelando cómo el deseo femenino podía ser simultáneamente exaltado como rito, temido como exceso o relativizado como anomalía dentro del repertorio erótico. Aquí Eros aparece también como tejido comunitario, como vínculo que abre líneas alternativas dentro de un orden patriarcal que tendía a invisibilizarlo.

El cuarto momento del itinerario se centra en el estrecho vínculo que los antiguos establecían entre las nociones de amigo y amado, desdibujando la diferencia entre amistad viril y deseo erótico. Homero ofrece en la *Ilíada* el modelo más arcaico: la relación de Aquiles y Patroclo, que se mueve entre la camaradería guerrera y la intimidad de los muslos. Platón eleva la discusión al terreno filosófico: en el *Fedro* y el *Banquete*, el vínculo entre amigos y amantes se transforma en motor de ascenso, en una vía directa hacia la virtud. Plutarco retoma este ideal en clave política: evoca un ejército de amantes, un modelo en que el deseo cimienta la cohesión bélica y moral. Pero también hay voces menores que muestran la cotidianidad de esta dinámica: inscripciones votivas, epigramas, el argumento de Pseudo-Luciano de que lo cultural y contingente es más deseable que lo natural y necesario, o las anécdotas recogidas por

I

Posesión y pérdida

1. Homero, *Ilíada*, canto XX

De Tros nacieron tres ilustres hijos:
Ilio, Asáraco y Ganímedes, de radiante rostro,
el más hermoso de todos los hombres,
que por su belleza arrebató Zeus
para servir el vino y vivir entre inmortales.

[231]

2. Himno homérico a Afrodita

[200-215] Fue por su belleza que raptó Zeus al rubio Ganímedes para que viviera entre inmortales y, maravilla a la vista, sirviera de copero en la morada de los dioses, honrado por todos al verter el rojo néctar de la crátera dorada.

Pero una voraz tristeza se apoderó del corazón de Tros, que no sabía dónde había llevado a su querido hijo la borrasca divina, y lo lloraba día y noche. Zeus, compadecido, le dio a cambio de su hijo caballos de ligero trote, como los que conducen los inmortales. Y fue Hermes quien, a instancias de Zeus, se lo reveló todo: que su hijo era ahora inmortal, que jamás envejecería. Así que, cuando oyó el mensaje, dejó de afligirse, su corazón se aligeró y con gozo montó los corceles veloces como el viento.

3. Teognis de Mégara, *Elegías*, II

Amar a los muchachos es cosa placentera, ya que en otro tiempo hasta Zeus, soberano de los dioses, amó a Ganímedes:
lo arrebató, lo llevó al Olimpo y lo convirtió en inmortal,
perenne en el grato florecer de la juventud.
Por eso no debería extrañarte, Simónides, que a mí también me haya sometido la pasión hacia un joven apuesto.

[1345]

4. Platón, *Leyes*, I

[636c-636d] Ya sea que consideremos estos asuntos en broma o en serio, hay que pensar que en verdad este placer ha sido otorgado por naturaleza al hombre y a la mujer para que consumen la reproducción; la unión del hombre con el hombre, o de la mujer con la mujer, es un crimen contra la naturaleza y una rendición al deseo lujurioso y desenfrenado. Y ya sabéis que nuestra acusación contra los cretenses es que, convencidos de que sus leyes provenían de Zeus, inventaron el mito de Ganímedes para justificar su indulgencia en este placer y gozar de él como si hubiera sido prescrito por el dios.

5. Jenofonte, *Banquete*, VIII

[28-31]

Deseo mostrarte, Calias, a través de la mitología, que no solo los hombres, sino también los dioses y los héroes, valoran más la amistad espiritual que los placeres del cuerpo. Así, a todas las bellas mujeres de las que Zeus se enamoró por su hermosura las dejó seguir siendo mortales, mientras que a los hombres cuyas almas admiraba les concedía la inmortalidad. Entre ellos se encuentran Heracles y los Dioscuros, pero hubo más. Yo sostengo que Ganímedes fue llevado al Olimpo no por su cuerpo, sino por su espíritu, y su propio nombre da testimonio de ello. Pues, ¿no está escrito en Homero *gánytai dé t'akúōn*, es decir, «goza oyendo sus palabras»? ¿Y no se lee en otro pasaje *pykína phresì mé dea eidós*, que quiere decir «poseyendo en su espíritu sabios consejos»? El nombre de Ganímedes está compuesto por las palabras *gánytai* [«goza»] y *médea* [«consejo»] y, por tanto, no significa «de cuerpo gozoso», sino «de gozoso juicio», y por ello es honrado entre los dioses.

6. Calímaco, *AP*, XII, 230

Si Teócrito, el de tez morena, me odia,
ódiale mil veces de vuelta; y si me ama, ámale otras tantas.

Sí, Zeus divino, por aquel bellísimo Ganímedes;
tú también fuiste amante, no hacen falta más razones.

7. Discórides, *AP*, XII, 37

Eros, el asesino, moldeó como en un juego
las suaves nalgas de Sosarco, el de Anfípolis,
a Zeus intentando excitar, porque sus muslos
son más hermosos incluso que los de Ganímedes.

8. Luciano de Samosata, *Diálogos de los dioses*

IV

ZEUS: Ven, Ganímedes, ya hemos llegado al lugar adecuado. Bésame ahora y comprueba que no tengo ni pico arqueado, ni afiladas garras, ni alas como las que te mostré bajo la apariencia de un pájaro.

GANÍMEDES: ¿No eras un águila hace un momento, y no te abalanzaste sobre mí y me tomaste en medio del rebaño? ¿Cómo es que se te han caído todas las plumas y apareces ahora con un aspecto tan diferente?

ZEUS: Mi querido muchacho, no ves a un hombre ni a un águila: yo soy el rey de todos los dioses y me transformé para la ocasión.

GANÍMEDES: ¿Cómo? ¿Así que eres el grandioso Pan? Entonces, ¿por qué no tienes siringa, ni cuernos, ni pezuñas peludas?

ZEUS: ¿Acaso piensas que él es el único dios?

GANÍMEDES: Claro. Nosotros le sacrificamos un macho cabrío sin castrar, llevándolo a la gruta donde habita el dios. En cuanto a ti, pareces poco más que un vulgar bandido.

ZEUS: Dime, ¿nunca has oído el nombre de Zeus, ni has visto en el Gárgaro un altar levantado en honor de aquel que envía la lluvia y los relámpagos?

GANÍMEDES: ¿Entonces, buen señor, eres el mismo que hace un momento nos lanzaste esa tormenta de granizo, de quien se dice que vive en el elevado éter y hace tanto estruendo, el mismo al que mi padre sacrificó un carnero? ¿Qué te he hecho yo para que me hayas